

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA

LOS RELIEVES DE SANTA LUCÍA COZUMAHUALPA

(DEPARTAMENTO ESCUINTLA. REPÚBLICA DE GUATEMALA)



PRINCIPIOS de este siglo, cuando Alejandro de Humboldt realizó su renombrado viaje, recorriendo la mayor parte de la América del Sur y gran parte de la América Central, la historia antigua mexicana parecía muy clara. Conocíase la famosa *Historia Mexicana*, de Clavijero; veíanse allí puestos en buen orden, primeramente los reyes toltecos, á seguida los reyes mexicanos, tetzcoanos y chichimecos y los memorables sucesos de la conquista. Poco se cuidaban de las fuentes de donde el Padre había sacado los datos para su historia, y menos todavía, de averiguar si aquellos datos se fundaron en verdaderas tradiciones indígenas, y si estas tradiciones correspondían al verdadero estado de las cosas. Hoy se sabe que el nombre tolteca significa una raza prehistórica, cuyo origen, cuyos territorios y cuyos hechos quizás quedaran para siempre ocultos en la noche de los tiempos. Se sabe que más de una raza pasó por el suelo mexicano, cuyos vestigios se perdieron, y que para las que permanecieron allí hay que rehacer por completo la historia á la luz de la crítica, averiguando la certidumbre de cada hecho que la tradición refiere.

Notable es entre tales datos, la extensión de la raza nahua hacia el Sur, hasta las riberas y las islas del lago de Nicaragua y más allá. No recordaban bien los de Ni-

caragua la tierra de donde procedieron sus padres, ó al menos no podemos averiguar los nombres con los que señalaban su antiguo país.

Claro está, que la inmigración de las tribus nahuas se efectuó al Sur y al Este, siguiendo las costas del Pacífico, de la mar del Sur. Allá se han conservado hasta el día de hoy los Nahua en Soconusco, en los terrenos de los Pipiles y en la antigua provincia de Cuzcatlan—que hoy forman parte de las Repúblicas de Guatemala y de San Salvador—y en las riberas é islas del lago de Nicaragua. Los Mayas, al contrario, se extendieron por las costas del mar del Norte. No sabemos en qué dirección se efectuó su inmigración; pero encontramos las tribus mayas en los alrededores de Tampico y del río de Pánuco, y en Xicalanco, antiguo centro comercial, situado en una de las embocaduras de la Laguna de Términos, en lo que hoy es estado de Tabasco, y desde aquel punto empiezan las grandes ruinas, las ciudades suntuosas de origen indudablemente maya que se extienden por la parte central del continente hasta Copan. Si hubo otras naciones que antes de los Nahuas y antes de los Mayas vivieron en los sitios nombrados, difícil es averiguarlo, pero es muy probable, porque hasta el día de hoy, diseminados entre los Nahuas y los Mayas, se han conservado restos más ó menos importantes de naciones de diferentes idiomas y de diferentes culturas. Y de las investigaciones arqueológicas que en aquellas comarcas apenas han comenzado, parece que resulta con bastante claridad la diferencia de estilo que presentan las antigüedades encontradas en sitios muy poco distantes uno de otro.

Santa Lucía Cozumahualpa—la región en donde se han encontrado los relieves notables que ahora se conservan en el Real Museo de Etnografía de Berlín—está situada en los declives del mar Pacífico al pie del Volcán del Fuego y pertenece hoy al departamento Escuintla de la República de Guatemala. El distrito, ya cuando Alvarado fué á conquistar aquellas provincias, se encontraba sin habitantes, yermo y desolado por las continuas guerras que los Pipiles de Escuintla, que son de raza nahua, hicieron á los Cakchiqueles de Guatemala. Y porque es tierra caliente y poco salubre, quedó así hasta el principio de este siglo, cuando con la extensión del cultivo del algodón se comenzaron á rozar también aquellos montes.

Con ocasión de una corta que en el año 1860 se hizo para una nueva plantación, se descubrieron algunas de las grandes piedras objeto de este estudio. El tamaño y el estilo particular de los relieves llamó la atención del dueño de la hacienda, don Pedro de Anda, que creyó debía dar noticia de su hallazgo al Gobierno de la República, y éste envió una Comisión que averiguase el hecho, la cual informó á sus mandantes acerca del estado de las cosas. Este informe quedó sepultado en los Archivos de la República. Dieron noticia del hallazgo al abbé Basseur de Bourbourg, incansable investigador de las antigüedades del país. Pero éste no creyó que encontraría cosa diferente de las muchas ruinas que ya había visto, y renunció á ir á ver aquéllas. Un viajero austriaco, el Sr. Habel, ha sido el único hombre de ciencia que en el tiempo transcurrido desde el descubrimiento ha visitado y estudiado aquellas ruinas. Sacó dibujos de ellas bastante exactos, pero no los publicó. Así es que pudo

considerarse como un verdadero descubrimiento, cuando, en el año 1876, el Director del Real Museo de Etnografía de Berlín, profesor Bastián—que con el fin de completar las colecciones del Real Museo, recorría diversas partes del continente de América—habiendo llegado á Guatemala y oído hablar de tales ruinas, se resolvió á visitarlas. Desde el primer momento, reconoció la grande importancia de aquellos relieves, y con su acostumbrada actividad y energía consiguió que el dueño de la hacienda le cediera el derecho de propiedad sobre ellos, regalándolos al Real Museo de Berlín. Al volver el profesor Bastián, pasó por Nueva York y su primer cuidado fué buscar al Sr. Habel, que vivía oculto y desconocido en una miserable habitación de las calles más excéntricas de la capital. No le encontró, pero consiguió que los dibujos de los relieves de Santa Lucía, trazados por el Sr. Habel, se imprimieran por cuenta de la Smithsonian Institution de Washington, en el tomo XXII de las publicaciones de aquel Instituto. De vuelta á Berlín, Bastián trató el asunto con el Gobierno del reino, el cual comisionó al Dr. Hermann Berendt, médico alemán y profundo conocedor de los idiomas y de las antigüedades de Centro-América, que hacía muchos años vivía en aquellos países, para que continuase las excavaciones. Enviáronse ingenieros, se empezaron á romper los monolitos para poder manejarlos fácilmente á causa de su enorme peso, abriéronse caminos en el monte y construyéronse carros fuertes para el transporte, y después de dos años de trabajo, la mayor parte de los relieves llegaron sanos y salvos á la rada de San José de Guatemala, para ser embarcados. Desgraciadamente uno de los relieves y de los más interesantes, la famosa piedra del Águila—rompiendo por el movimiento del mar los cordeles con que la halaban—cayó en el mar y puede considerarse perdida para siempre, pues no es fácil que se encuentre quien pague los gastos considerables que se necesitarían para sacar la piedra del fondo del mar. Los otros relieves llegaron á Berlín y fueron instalados en el Real Museo de Etnografía. Quedan todavía otras piedras, estatuas, cabezas, etc., en Santa Lucía y en unas haciendas comarcanas (Pantaleón, Los Tarros, San Juan Perdido, Peor es nada). De desear sería que algún gobierno tomase á su cargo salvar aquellos preciosos restos sacándolas de allí, donde la exuberante vegetación de la tierra caliente y el descuido de los hombres son muy perjudiciales para su conservación.

La mayor parte de los relieves que se conservan en el Real Museo de Berlín, se encontraron muy cerca unos de otros, en una «mina» y en los alrededores de unas pirámides ó montículos de tierra. Son esculpidos en una piedra volcánica, una especie de andesita, que se trajo del volcán de Acatenango.

Empecemos por los números 1-8: son monolitos de 2,8-3 metros de largo, poco más ó menos, y de 0,90 de ancho y de 0,60 de grueso. Sin duda alguna debieron estar clavados verticalmente en el suelo. Por su tamaño y el carácter de las figuras, dan á conocer que pertenecen á una misma serie.

El asunto de estos relieves se conoce á primera vista que dice relación con solemnidades religiosas, ceremonias con que la nación que imaginó y ejecutó aquellos relieves celebraba la fiesta de sus dioses, dando á conocer al mismo tiempo sus altas

pretensiones, la preeminencia sobre las naciones comarcanas y la grandeza de su origen. Las personas en ellos representadas casi todas aparecen en traje sacerdotal, llevando zarcillos y collares y suntuosos adornos colgantes sobre las espaldas.

Además del *maxtlatl* (las fajas con que los varones acostumbraban cubrir sus vergüenzas), llevan ceñido sobre las nalgas un paño—*motziniipiticac*, como lo describe el texto azteca de la obra del P. Sahagún,—y aquel paño está fijado con un apretador que parece hecho de una materia dura y nada flexible (madera, metal ó piedra?), con una cabeza de animal mirando atrás. Un lazo ciñe la pierna derecha por debajo de la rodilla. El pie izquierdo está calzado con rica sandalia, el pie derecho no tiene sandalia ó la tiene más sencilla ó menos rica. El total del traje y de los adornos en su carácter esencial se conforma muy bien con los que vemos figurados en las pictografías mexicanas y en los Códices mayas. Las diferencias que se notan parece deben atribuirse á la actitud sacerdotal en que estas figuras se presentan. Sólo el ceñidor que dije parece estar hecho de materia dura, constituye una particularidad, que no se ve en los manuscritos ni en otros relieves. En mi opinión, aquellos ceñidores representan los famosos yugos de piedra labrada que se ha creído eran collares que servían á los sacerdotes para apretar el cuello de la desgredada víctima tendida de espaldas sobre la piedra del sacrificio. Buen número de tales yugos de piedra labrada se han encontrado así en las altas planicies del curso del Cholula como en los declives del Atlántico, por los que las tribus de las altiplanicies hicieron sus romerías y sus conquistas. Pero en ningún otro documento antiguo hasta ahora se ha descubierto figura de ellos. No quiero por el momento continuar en el camino de las conclusiones. Voy sólo á hacer, tan brevemente que me sea posible, una descripción de lo más notable que se encuentra en estos relieves.

Núm. 1.—EL SACRIFICADOR Y SUS CUATRO AYUDANTES

Leemos en las *Relaciones de Yucatán*, escritas por el R. P. Fray Diego de Landa, que en el Yucatán era costumbre que en cualquiera función religiosa el *ah-kin*, es decir, el sacerdote principal, fuera acompañado y ayudado por cuatro compañeros, los cuatro *chac-es*; el *ah-kin* ó sacerdote principal agente, como representante del Sol ó de la Suprema deidad, y los cuatro *chas-es* como representantes de los dioses que residen en las cuatro partes del mundo. Esto precisamente es lo que vemos representado en el relieve núm. 1. En medio está figurado, en pie, el sacerdote principal, llevando en la mano el cuchillo de piedra y la cabeza cortada del sacrificio. El sacerdote tiene en la cabeza un adorno particular en forma de cangrejo. Sobre las espaldas caen unas como trenzas, adornadas con bolas de pluma menuda y terminadas por una cola de culebra. El *maxtlatl* tiene la forma de una culebra; y en el ceñidor se ve la cabeza de una serpiente mirando atrás. No puedo determinar con exactitud cuál sea el objeto que sirve de piso al sacerdote.

Las figuras que hay en las esquinas de la piedra son los cuatro ayudantes del sacer-

dote principal, correspondientes á las cuatro partes del mundo. Uno de ellos, el de abajo, á la derecha, tiene la forma de un esqueleto: en mi concepto, señala la región del Norte, porque ésta, según la opinión de los mexicanos, era la *Mictlampa* «hacia el lugar en donde viven los muertos.» Siendo esto así, la figura de abajo á la izquierda denotaría el Oriente, la de arriba á la mano derecha el Poniente, y la de arriba á la mano izquierda el Sur. Esta última tiene también cabeza de esqueleto, pero variada algún tanto, de manera que casi aparece como cabeza de ave. La región del Sur, en el simbolismo de las naciones antiguas de México, era la región de la sequedad y del hambre, y por esta razón también significaba la muerte.

Cada una de las cuatro figuras en las esquinas lleva en la mano la cabeza cortada de un hombre. Estas, sin duda ninguna, denotan sacrificados ó enemigos vencidos. Es de advertir que cada una de esas cabezas difiere de las otras así en el perfil como en las particularidades del tocado. No cabe duda que el que trazó y ejecutó aquellos relieves quiso representar con ellos las naciones que vivían en las cuatro partes del mundo ó la totalidad de las tribus comarcanas. Otra particularidad es que la cabeza que tiene en la mano el ayudante, en la esquina de abajo, á la mano derecha, que, en mi concepto, denota la región del Norte, es igual á la que tiene en la mano el sacerdote principal. Creo que puede deducirse de esto que en aquella región vivían los enemigos principales de la región de Santa Lucía, ó que una victoria alcanzada sobre ellos dió lugar á la conmemoración de que da testimonio esta serie de relieves.

Números 2-8.—EL BAILE RELIGIOSO

Los relieves señalados con los números 2-8 se relacionan exactamente en lo que representan. En todos se ve arriba, como mirando del cielo, la cabeza y los brazos de una deidad. Abajo está figurado un hombre en actitud de bailar, con una figura enroscada—el signo de la palabra ó del canto—delante de la boca. El traje sacerdotal es poco más ó menos el mismo que viste el sacerdote principal del relieve núm. 1; pero corresponde, como veremos, algún tanto al carácter de la deidad figurada arriba. Tiene una mano elevada al cielo, cubierta con una especie de máscara, cuya forma también corresponde en alguna manera al carácter de la deidad de encima. La otra mano se dirige hacia el suelo. Del apretador salen como unas llamas que van culebreando hacia arriba.

En el núm. 2 la deidad representada parece ser la *deidad del fuego ó del sol*. Está rodeada de llamas; tiene uñas en las manos, y su cabeza está mirando la boca abierta de una serpiente. El relieve núm. 2 es el único de la serie en el que abajo están representadas dos figuras: el danzador y enfrente de él un esqueleto; las bocas del uno y del otro unidas por el signo de la palabra. El traje del danzador es muy parecido al traje del sacerdote principal en el relieve núm. 1, pero le falta el cangrejo, y en las trenzas que le caen sobre las espaldas se ve la cabeza de un hombre, cuyos cabellos están ceñidos con un lazo como lo usaban los jefes de los mexicanos. La más-



Núm. 3.

cara que cubre la mano izquierda del danzador tiene los ojos cerrados como cabeza de muerto. El esqueleto de enfrente también tiene la mano izquierda cubierta con una máscara que imita la cabeza de una serpiente. Otra particularidad del relieve núm. 2 son los dos círculos, que se podrían tomar por formas sencillas de jeroglíficos katunicos. En el uno y en el otro se ve la cabeza de un carnívoro, que parece ser un perro. Es fácil que estos dos signos deban leerse *ome itzcuintli*,—«dos perros»—fecha ó signo del día y al mismo tiempo nombre de persona (del dios del fuego). Enfrente de estos signos, en una como silla, se ve una cabeza de hombre, que presenta en la cara y en el tocado los mismos distintivos que la cabeza que lleva en la mano el ayudante en la esquina de abajo, á la mano izquierda, en el relieve núm. 1, que, según mi interpretación, denota las naciones que vivían al Oriente.

En el relieve núm. 3 está figurada, arriba, la *diosa del cielo estrellado ó de la luz de la noche*. Su cara está rodeada por una figura enroscada en los extremos, con tres rayos saliendo de ella hacia arriba. Esta figura imita una ceja, y corresponde exactamente á las que en las pictografías mexicanas y zapotecas dan á conocer las estrellas luminosas de la noche. La misma figura de estrella luminosa se ve en el lado izquierdo de la piedra, y también la lleva el danzador en el tocado. La máscara que cubre la mano izquierda del danzador tiene la forma de cabeza de tigre ó de león. En cabeza de tigre ó de león termina la manta que le cae sobre las espaldas, y junto á esta cabeza se ve la punta de una lanza, como si el tigre hubiera de ser representado como herido por una vara arrojada. Una cabeza de tigre ó de león, finalmente, parece que se ve también en la parte de atrás del apretador. El tigre herido simboliza el aplazamiento de la

fuerza del Sol. En el manuscrito maya de la Biblioteca de Dresde el león herido está figurado bajo los pies del dios de las lluvias. Y en este relieve parece simbolizar el alivio del calor que viene con la noche.

Del relieve núm. 4 no existe más que la parte superior, la diosa de arriba. Del danzador de abajo no se ve más que el signo de la palabra, la figura curva y enroscada que le sale de la boca. La deidad, sin duda ninguna, es la *diosa del agua*. Su cabeza sale de la boca abierta de un cocodrilo, que le sirve como casco. Y en los ramos que rodean los brazos de la diosa se ven la figura de un pescado y un cangrejo.

En la parte superior del relieve núm. 5, la diosa lleva en las espaldas una divisa grande como cenefa, con rosetas en las esquinas y unas borlitas colgantes. Esta cenefa recuerda en todos sus detalles el gran adorno con que los mexicanos acostumbraban figurar la *Chicome couatl*, su *diosa del maíz*. Estoy inclinado á interpretar la diosa del relieve núm. 5 de la misma manera. La diosa del maíz de los mexicanos es una de las formas de la antigua diosa de la tierra, de la gran Madre de todos los seres. Estas diosas—nombradas con diferentes nombres, según las tribus que las adoraban—tienen la particularidad de que se las creía en cierta relación con el águila. Algunas veces se figuraban con pies de águila. Ó se decía que habían llegado del cielo en forma de águila. Ó se contaba que se le aparecían al hombre en figura de una mujer ricamente vestida, y que en desapareciendo no se veía más que la huella en el suelo de un pie de águila. El danzador en la parte inferior del relieve núm. 5 tiene la mano izquierda alzada y cubierta con una máscara que imita una cabeza de águila. Una cabeza de ave, aun algo transformada y representada con dientes en la boca, está figurada en la parte posterior del apretador. Y un águila volando abajo se ve en la parte baja de la manta que cuelga por sus espaldas. Estos detalles del traje del danzador se compadecen muy bien con la interpretación que acabamos de presentar, de que la diosa del relieve núm. 5 es esencialmente la misma que la que los mexicanos adoraban como diosa del maíz.

La diosa del relieve núm. 6 parece tener cierta relación con el elemento del fuego, porque sus brazos están rodeados con llamas. Como las otras diosas de esta serie—con excepción no más de la diosa núm. 4,—tiene los cabellos ceñidos por unas culebras. Pero además de esto, lleva un collar, en el que se enlazan dos culebras, y



Núm. 4.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANICO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

en la parte inferior de éste se ve una bolsilla con unas borlitas colgantes, y una figura de cruz. De estas bolsillas llevaban en la mano los sacerdotes, y les servían para el copal y los otros sahumerios con que obsequiaban á sus dioses. El danzador lleva en la cabeza la de un hombre que parece presentar los mismos distintivos que el representante de las naciones del Oriente en el relieve núm. 1. La mano izquierda está cubierta con una máscara, que también imita cabeza de hombre. Esta última recuerda un poco ciertas cabecitas de barro que se encuentran en bastante cantidad en las ruinas de San Juan Teotihuacan. La cara parece cubierta con una tela, y los cabellos ornados con bolas de pluma menuda, como las que acostumbraban poner en los cabellos de los que habían de ser sacrificados. En el apretador del danzador se ve una calavera puesta de perfil, mirando atrás. Otra calavera, pero puesta *en face*, está figurada en la parte inferior de la manta que le cuelga por las espaldas. Según mi parecer, en este relieve se presenta otra forma de la antigua diosa de la tierra, la diosa terrible que causaba la sequedad y el hambre, y á quien atribuían los terremotos.

La diosa del relieve núm. 7 lleva en las espaldas una divisa como dos cuernos anchos, y pendiente del cuello la bolsilla de copal con la borlita, con una figura de cruz, que hemos visto en la diosa del relieve núm. 6. Delante del danzador se ve una tablita, de la que cuelga otra borlita, que se distingue por la misma figura de la cruz. No puedo determinar con exactitud la naturaleza de la diosa aquí figurada. El danzador tiene la mano izquierda cubierta con una máscara, que imita una cabeza de hombre, adornada con una nariguera, en forma de palillo largo. El apretador en la parte posterior, presenta la cabeza de una serpiente mirando atrás.

El relieve núm. 8 está en parte borrado. Trataron de partirlo para aprovechar los pedazos en construcciones de casas ó de acequias. La diosa está enredada más que las otras con ramos de flores. El danzador, detrás de los brazos, lleva alas como de pájaro. En la cabeza lleva otra cabeza de hombre, que tiene aspecto de estar momificada. La mano izquierda está cubierta con una máscara que imita una calavera de animal. Tampoco puedo determinar con seguridad la naturaleza de la diosa aquí figurada.

Los relieves números 1-8 son los más notables de la colección, por su trabajo artístico y por la importancia del asunto que representan. Agregaré unas pocas palabras respecto de las otras piezas de la colección.

En los números 9 y 10 se ve tendida en el suelo la figura de un hombre. El del núm. 9 lleva el tocado de la nación que vive al Poniente (véase la cabeza, que lleva en la mano el ayudante, en la esquina de arriba, á la mano derecha, en el relieve número 1); el del núm. 10 tiene un tocado, en el que entran bastante número de plumas largas. Enfrente del primero, á la mano derecha, se presenta un esqueleto; en frente del otro, á la mano izquierda, un hombre ciervo, con sus cuernos en la cabeza, las patas de venado y la pequeña cola. El ciervo tiene la mano derecha cubierta con una máscara semejante á la que llevan los bailarines de los relieves 2-8. En el margen superior de la piedra se ven unos círculos, que, sin duda ninguna, son signos

numerales, y bajo de ellos, unas como pirámides y una cruz, que recuerdan ciertas figuras del Códice de Viena, de origen zapoteco, pero cuyo significado no puedo determinar con exactitud. Se podría suponer que estos dos relieves dan á conocer un diálogo entre el hombre enfermo y el demonio. En este caso los signos numerales habrían de juntarse con las figuras señaladas que tienen el aspecto de pirámides. Pero también se podría suponer que las figuras del esqueleto y del venado no hacen más que las veces de signos de día. En este caso, los signos numerales habrían de juntarse con las figuras del esqueleto y del venado, completando con ellas una fecha. Habríamos de leer *matlactli miquiztli*, «diez muerte», y *macuilli maçatl*, «cinco venados», y estas fechas significarían, ó un determinado día, en el que quizá tal ó cual varón enfermó ó cayó vencido, ó también significarían el nombre mismo de la persona.

El relieve núm. 11 presenta la figura respetable de un dignatario sentado en una silla. Está vestido de ricos adornos, con plumas grandes saliendo del tocado, y tiene en la mano uno como cetro, cuya parte inferior es mucho más ancha que la parte superior.

El relieve núm. 12 figura un hombre subiendo una escalera que tiene arrimada á un árbol, en cuyos ramos se oculta un esqueleto. A la izquierda de la piedra se ven nueve círculos, que sin duda ninguna señalan el número nueve. Con ese número parece que ha de juntarse una figurita que aparece al pie de la escalera, y que entiendo, como el dibujo del signo *olin*, uno de los veinte signos de día de los mexicanos. Por consiguiente, en este relieve también tendríamos representada una fecha.

Número 13: es un brasero grande en figura de mono, que lleva en las espaldas, en una manta de plumas, el brasero. Por delante el mono presenta con sus manos la figura de un esqueleto.

Números 14-16: son cabezas grandes de piedra, que sin duda ninguna originalmente estaban fijas en una pared. Números 14 y 15: son cabezas de mono. Número 16: una cabeza de animal fantástico; puede ser de una danta. Los ojos en ella salen de su cuenca. El sacar el ojo es el símbolo del sacrificio. En las pinturas mexicanas los que se sacrifican ó hacen penitencia están figurados sacándose el ojo por medio de un hueso puntiagudo.

Estos son los relieves cuyos vaciados están expuestos en la sala de Alemania en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. Hay algunos otros de menor importancia



Núm. 12.

en el Museo de Berlín. Otros quedan, como dije arriba, en los alrededores de Santa Lucía. Una parte de estos últimos se pueden estudiar en los dibujos del tomo XXII de las publicaciones del Smithsonian Institution, núm. 269 (Abril, 1879). Otros en el tomo VIII (año de 1876) de la *Zeitschrift für Ethnologie* de Berlín.

Las famosas piedras del águila—mejor dicho, del *cozcaquauhli*, ó rey de zopilotes (*Sarcoramphus* papa), porque tal está representado en las piedras,—que se hundieron en el mar, pueden estudiarse también en los dibujos del Sr. Habel, reproducidos por el Smithsonian Institution. Se ve en ellos la figura enorme de esta ave, adornada con un collar, del que cuelga un círculo rodeado de llamas: la imagen del sol. En una pata lleva una bola (el *olin*, la bola del caoutchouc, el símbolo del sol), y está tragando á un hombre. Este hombre, en la primera de estas piedras, tiene el perfil y el tocado de las naciones vivientes del Norte (véase arriba páginas 244-245).

Antes de concluir, habré de contestar á estas dos preguntas: ¿á qué nación pertenecen estos relieves, y en qué tiempo se hicieron?

Respondiendo á la primera pregunta, digo que, según mi parecer, los relieves de Santa Lucía *no* son de origen Maya. Su estilo difiere completamente del estilo de los relieves de Copan, Tikal, Palenque y de las ciudades del Yucatán. No hay jeroglíficos katunicos, ni cabezas chatas, ni todo ese conjunto de adornos y distintivos que da un carácter tan original á las obras de los artistas Mayas. Pero tampoco los relieves de Santa Lucía son puramente nahuas. Sin embargo, como hemos visto, hay muchos detalles en ellos que se compadecen muy bien con los que vemos representados en las pinturas mexicanas. Y más se parecen á estas pinturas, como el Codex Borgia, Fejervary, Laud, que parecen pertenecer á ciertas ramas de la raza nahua, que vivían en el Sur, y cuyos individuos eran más cultos y estaban más dedicados á las ciencias, á los cálculos calendáricos y al arte augures. No quiero hablar de Toltecas, ni de Olmecas, ni de Cholutecas, porque estos nombres se confunden uno con otro y nadie sabe cuál es la tribu á que tales nombres deben atribuirse; pero la peregrinación de las tribus nahuas hacia el Sur está suficientemente comprobada. Y teniendo cuenta de la posición geográfica y de la distribución de las tribus, aquella peregrinación no pudo haberse efectuado por otro camino que por el antiguo camino comercial que conducía de las altiplanicies del rumbo de Cholula por los confines de los Mixtecas y los Zapotecos al Anauac-Ayotlan, la tierra caliente de la costa del Pacífico. En mi concepto, las tribus del Sur deben ser los directos descendientes de la raza civilizada que por mucho tiempo ocupara las altiplanicies en el rumbo de Cholula. El dios de Cholula, *Quetzalcouatl*, también era el dios principal de los Pipiles de Cozcatlan; y á este propósito me parece ser de alguna importancia que el único documento en el que parece que se ve el uso de aquellos misteriosos yugos de piedra, son los relieves de Santa Lucía. Debemos tomar en consideración, además, que en las tradiciones de las tribus nahuas del Sur, este mismo rumbo de Escuintla está señalado como una de las estaciones en que los emigrantes permanecieron más tiempo y en donde hicieron el sepulcro de su caudillo y sacerdote principal, y que no muy lejos de aquella localidad

hasta el día de hoy se ha conservado la raza nahua y el idioma nahuatl. Teniendo en cuenta todo eso, yo opino que los relieves de Santa Lucía deben ser atribuídos á una tribu de la raza nahua, pero á una ramificación más antigua de aquella raza, que, habiendo vivido ya desde largo tiempo en tierras calientes, produjo una civilización propia y con ciertas particularidades que sus hermanos no alcanzaron.

Esta es mi contestación á la primera pregunta de las dos arriba propuestas. Más difícil es contestar á la otra, y en verdad no puedo dar acerca de ella más que pocas indicaciones. Me llamó mucho la atención que en los relieves descritos arriba la deidad figurada en la parte superior—con excepción quizá del relieve núm. 2—es una diosa. Entiendo que estas diosas son como las diversas concepciones de la antigua diosa de la tierra, madre de los dioses y madre de todos los seres, la antecesora de donde tomó su origen la tribu particular que bajo tal ó tal nombre la adoraba. Pero también es algo notable que en las ciudades antiguas de origen maya que se extienden en las fronteras de Guatemala y Yucatán—Palenque, Tikal, Quiriguá, Copan—las deidades figuradas en los monolitos y en las paredes de los templos casi todas son de sexo femenino, mientras que en las ciudades de Yucatán encontramos representados la mayor parte de los dioses como varones y guerreros. Es muy probable que en aquellos terrenos, en tiempos prehistóricos, hubo una época de un desarrollo relativamente pacífico, que favoreció mucho el progreso de las naciones y dió origen á una cultura cuyos vestigios podemos admirar así en las grandes ciudades Maya arriba enumeradas, como en los templos de Santa Lucía. Vinieron otros tiempos, períodos de decadencia, quizá ruinas económicas, por un cambio en los caminos comerciales, ó guerras y conquistas, y entonces las tribus menos civilizadas, y por consiguiente más dotadas de fuerza natural—como los Qu'iche, los Cakchiqueles y las otras tribus Maya de las altiplanicies de Guatemala—pudieron mantenerse en los lugares que ocupaban. Las más cultivadas y—quizá por eso—más debilitadas, cedieron, abandonando los terrenos que hasta entonces habían ocupado. Es fácil que este tiempo coincida con la inmigración de las tribus que vinieron del Poniente al Yucatán, referida en los *Anales yucatecos*, y que debió haberse efectuado unos doscientos ó trescientos años antes de la conquista. Si esto pudiera comprobarse, hubiéramos de colocar el período del feliz desarrollo de las grandes ciudades Maya en las fronteras de Guatemala, y—como yo creo—también de la colonia de Santa Lucía, en unos trescientos ó cuatrocientos años antes de la conquista. De todas maneras, no pueden haber sido edificadas ni las ciudades nombradas, ya arruinadas en tiempo de la conquista, ni los monumentos de Santa Lucía, mucho antes del tiempo indicado, porque con la vegetación de la tierra caliente no duran los monumentos millares de años. Pero si aquellos monumentos de la América central no alcanzan la antigüedad de las pirámides de Egipto, y quizá tampoco la de los monumentos mucho más modernos de las Indias orientales, con todo eso revelan una civilización cuyo desarrollo no es de pocos centenares de años. Los monumentos de Santa Lucía, descubiertos á deshora en terrenos desde largo tiempo conocidos, no sólo son importantes do-

cumentos que nos ayudarían en la reconstrucción de la historia perdida de las naciones civilizadas de aquella parte de América, sino que también son unos de los mejores y más preciosos productos de aquella civilización, que, así bajo el punto de vista artístico como en el de la técnica, puede bien competir con la mayor parte de las antiguas naciones del antiguo continente.

Madrid, 31 de Octubre de 1892.

DR. SELER

Subdirector en el Museo Real de Etnografía de Berlín.

Este artículo ha sido escrito en castellano por el docto americanista alemán que lo firma.—*Nota de la Redacción.*

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA



Núm. 1.



Núm. 2.

RELIEVES DE SANTA LUCÍA COZUMAHUALPA
(GUATEMALA)



Núm. 5.



Núm. 6.

RELIEVES DE SANTA LUCÍA COZUMAHUALPA
(GUATEMALA)